

Teilhard y la subversión en la Iglesia

por

ALEXIS CURVERS

Reproducimos de la Revista *Itinéraires*, abril 1966, número 102, el presente trabajo de Alexis Curvers, autor del libro "Un papa ultrajado", editado en castellano por el editor Luis de Caralt.

TEILHARD Y LA SUBVERSION EN LA IGLESIA

La revista comunista *Europe* ha editado en marzo-abril de 1965 un número especial en honor de Teilhard de Chardín. En una larga serie de artículos, autores comunistas y cristianos progresistas compiten en fervor e ingenio para ensalzar al Maestro, si bien lo hacen bajo dos tonos bastantes diferentes: los primeros se contentan con recomendarlo a los segundos, y éstos abundan en el sentido propugnado por los primeros.

Ésa es la causa por la que la propaganda de tal número ha sido un tanto discreta: la maniobra contenida en él es demasiado visible. Apenas salió el número a la luz, la dirección de la revista se ha cogido los dedos. Nunca ha sido mejor desplegado el juego comunista: favorecer en casa del adversario todo aquello que puede acarrear confusión y daño, pero adoptando las necesarias precauciones para que el sembrador de tales males no caiga en la red lanzada.

Ese número especial no implica, en puridad, la apoteosis de Teilhard sino un trofeo de victoria de la estrategia comunista. Pero ésta, explotando su éxito, nos descubre, al mismo tiempo, sus objetivos, sus medios y sus ardidés de guerra. Procediendo a la exhibición de todos los cristianos seducidos que ha encadenado a su carro propugna, con cierto candor, que, para conducir bien la operación, ha hallado en Teilhard el mejor de los cebos, el más seguro de los auxiliares, el más útil de los instrumentos.

A lo largo de su artículo introductorio, Pierre Abraham, director de la revista, nos advierte con una claridad insuperable que no se trata de convertir a los comunistas al Cristo cósmico inventado por Teilhard, sino simplemente de convertir a los cristianos a la Materia divinizada por el propio Teilhard. De esa forma los cristianos se acercarán al materialismo sin que los comunistas den un solo paso hacia el cristianismo.

Ese "acercamiento" concebido de tal guisa se ejecuta bajo nuestra mirada y no cabe reprochar a la revista *Europe* por habernos iluminado acerca del verdadero sentido del "diálogo" emprendido y patrocinado así por ella.

Desde las primeras frases, Pierre Abraham se encarga de recordarnos que en 1955 los escritos de Teilhard no se podían encontrar en las librerías, dado que sus superiores habían prohibido su publicación.

"Parece, sin embargo, que una amiga, fiel a su enseñanza, ha transcrito y multicopiado sus obras, que conserva a disposición de quien se sienta sinceramente curioso por conocer las reflexiones del Padre jesuita. Parece también que Teilhard hubiera llegado, por vez primera en el siglo xx, a definir las recíprocas posiciones de la ciencia y de la religión de forma irreprochable respecto de la ciencia y admisible para aquellos espíritus religiosos no cegados por la creencia en la materialidad de los hechos narrados en las Sagradas Escrituras."

"Si el avance resulta escaso para los espíritus científicos puede incrementarse considerablemente al permitir a multitud de espíritus religiosos alcanzar con mayor libertad el dominio de la búsqueda científica y, consiguientemente, activar así tanto en número como en profundidad la conquista de los resultados concretos.

"Siempre en el terreno de la hipótesis, donde las relaciones entre la ciencia y la religión se situarían en una perspectiva razonable, se puede entrever por un momento el lugar donde las autoridades religiosas —pienso en las de Roma— acavarían por reconocer a la ciencia su campo autónomo", etc.

¡Como si Roma hubiese escuchado a Teilhard para eso, para "activar" entre los numerosos sabios católicos "la conquista de los resultados concretos"!

En años sucesivos el director de *Europe* se permitió decir en su periódico:

1962. "El Concilio del Vaticano permite abrigar grandes esperanzas a los católicos (...) Algunos quisieran palpar ya los resultados que se han de producir por ósmosis, en la mayoría de los Padres conciliares, de las ideas "progresistas" de Teilhard. No sé ni sabré nunca si Juan XXIII Roncalli ha leído sus obras, pero es indiscutible que, después de cuatro años, ese hombre ha armado un original alboroto en el Vaticano."

1963. "Todo esto parece que hace resaltar el interés de un debate abierto bajo las perspectivas que podría ofrecer la obra de Teilhard a los creyentes. No, desde luego, bajo la forma de un ENFRENTAMIENTO entre marxistas y no marxistas, sino de una CONFRONTACIÓN de puntos de vista diferentes.

"(...) La amistad que yo siento hacia determinados espíritus

religiosos, de los cuales algunos son católicos practicantes, no puede conducir al resultado de que súbitamente yo empiece a creer en el niño Jesús o en la Inmaculada Concepción. Ellos saben sobradamente que muchos de nuestros lectores ven en ello, desde el prisma de una postura sincera, algo que me abstendré de calificar."

Y en efecto, ¿para qué calificar? Hagamos justicia a Pierre Abraham que, aunque escribe en francés, se expresa con una desusada franqueza. No oculta que él y la clientela ordinaria de *Europe* consideran ridícula y funesta superstición esas creencias, que sólo manejan para conquistar a los creyentes. Estos están ciegos en la medida en que permanecen fieles a su fe; se trata de apartarlos insensiblemente de ella para convertirlos a la "verdad científica", que los transformará en marxistas. Descubrimos la técnica de la operación puesta en juego en todos los artículos de la revista y perfectamente descrita en el de M. Garaudy, encargado general de ese negocio y reclutador oficial acreditado por el comunismo internacional en el mundo católico, incluida la Universidad de Lovaina.

Por supuesto, hay que evitar hasta nueva orden un "ENFRENTAMIENTO", es decir, la explosión de un conflicto doctrinal entre católicos y marxistas y que surgiría necesariamente de la naturaleza de las cosas. En tanto y en cuanto los marxistas no estén en posesión de los medios de utilizarlo en su provecho es menester impedir que semejante conflicto se declare. Pero sobre todo, es necesario, correlativamente, conducir al gran número posible de católicos a evolucionar hacia el cienticismo marxista sin que se separen de la Iglesia de manera que, lejos de agruparse en la posición, la Iglesia evolucione suavemente hacia ellos de forma que el marxismo no encuentre en ella un obstáculo irreductible, sino una víctima propiciatoria, ingenua, inocente, complaciente y cómplice. Así la Iglesia, echando cada vez más agua a su vino, despojando su doctrina, subsistirá en la medida en que deje de ser ella misma.

Tal es el método ilustrado por la revista *Europe*, pero ya antes aconsejado y practicado por Teilhard en persona. Pierre Abraham le alaba con razón por haber querido permanecer en la Iglesia, más hábil en eso que "la línea de los espíritus fuertes que, eclesiásticos o laicos, han conducido desde siglos la lucha contra el oscurantismo de Roma". En efecto, éstos últimos no han conseguido transformar a la Iglesia, a la que han abandonado después de su fracaso. Lejos de adormecer la vigilancia

la han provocado y endurecido. Más vale, por tanto, que en el futuro permanezcan en el seno de la Iglesia y para proseguir contra ella y su "oscurantismo" una lucha intestina más solapada y más mortífera: "el trabajo dirigido desde el interior (...) resulta más eficaz que el propio trabajo conducido desde el exterior".

Poseemos todas las pruebas de que ese espléndido propósito no fue ignorado por Teilhard, ni por los comunistas que lo persiguen, ni por el diablo que lo ha concebido. *Europe* publica dos cartas inéditas en las que Teilhard recomienda a su secretaria, Juana Mortier, ese proyecto desprovisto de artificios. Esta no era otra que la amiga encargada por el Padre de poner sus obras multicopiadas a disposición de los lectores "sinceramente curioso", mientras que él afectaba someterse a la prohibición de sus superiores.

La primera de tales cartas fue escrita en Johannesburgo el 14 de agosto de 1951. ¿En qué se ocupaba la piedad del edificante jesuita la víspera de la Asunción? ¡Lo confiesa sin ambages: "He reanudado, en vista de las circunstancias, la costumbre de repetir (puliéndola y profundizándola) mi Misa sobre el Mundo." No crean que están soñando. Ustedes han leído bien. El no dice que la rece o que vuelva a escribir esa elucubración patética que se nos presenta corrientemente, para disculparlo, como un mero ejercicio literario. El la repite, la dice habitualmente como todo sacerdote dice y repite su misa cotidiana. El celebra su liturgia personal, la de la nueva religión que él inaugura en lugar y sustitución de la antigua cuyo vocabulario, sin embargo, conserva jugando y tratando de disculparse de que obra así "en vista de las circunstancias" ¿De qué circunstancias? Con seguridad que no trata de aquellas que el ritual romano prescribe o permite tener en cuenta.

La segunda carta está fechada en Berkeley (California) el 15 de julio de 1952. Berkeley es ese centro universitario americano donde ha germinado espléndidamente un progresismo del que bien pronto se hablará. Fortalecido, sin duda, por los ímpetus recogidos en tal ciudad, Teilhard se atreve a escribir: "Mi vocación consiste en incorporar uno al otro Cristo y evolución."

¡Sorprendente vocación la de ese hijo de San Ignacio que creíamos llamado a predicar el Cristo del Evangelio más que a anunciar otro de su fabricación! Consciente de que la elaboración de ese Cristo inédito es totalmente heterodoxo, opta por no preocuparse por ello. Pues, lejos de detenerse en tan buen

camino, prepara en este momento un nuevo ensayo sobre el CRÍSTICO desarrollo de una idea "dejada en embrión" (y para causa) en su REFLEXIÓN DE LA ENERGÍA. Y "para causa" es él mismo quien lo indica. Y agrega esta frase extraordinaria: "Evidentemente este nuevo Ensayo debería colocarse inmediatamente entre *"los Póstumos"*.

Teilhard sabía, pues, mejor que nadie que sus escritos eran impublicables. Renunció imprimirlos por miedo a romper con la Iglesia, que los juzgaría inaceptables, pero les aseguraba una supervivencia y una influencia suficientemente solapada y profunda para que estallaran en tiempo oportuno como una bomba cuando él ya no estuviese presente para recibir sus detonaciones; pero que, situados en lugar oportuno, devastaría a la Iglesia en su propio templo en cuanto la resistencia de aquella estuviera suficientemente debilitada y equivocada.

Y ese cálculo de Teilhard queda constatado con mayor claridad aún en otra carta dirigida en septiembre de 1950 (víspera de la publicación de la *Humanis generis*) a un dominico que lógicamente y lealmente se había separado de su orden y de Roma. Puede hallarse el texto íntegro juiciosamente comentado por M. Henri Rambaud en el número 91 de la revista *Itinéraires* (marzo de 1965). En el fondo, Teilhard está de acuerdo con su corresponsal: el cristianismo, "es inevitable", debe no solamente reformarse sino "mudar". Pero aún hay más, pues Teilhard encarece: "Considero que la Reforma en cuestión (mucho más profunda que la del siglo XVI) no es un simple asunto de instituciones y de costumbres sino de Fe". Nada más deliberadamente subversivo. Ni nada más necio, pues la pretendida Reforma del siglo XVI fue esencialmente un asunto de Fe, tanto más y por las mismas razones que la reforma complementaria que Teilhard propugna, "se trata para el hombre de re-pensar a Dios... del nacimiento de una nueva Fe sobre la tierra... de una nueva Cristología extendida en las dimensiones de nuestro nuevo Universo (de donde) se prepara a salir la Religión de mañana" etc.

Pensando de esa manera, Teilhard tenía evidentemente el derecho y el deber de salir de la Iglesia siguiendo el ejemplo marcado por su corresponsal dominico. Pero, por el contrario, le ofrece como ejemplo su propia conducta, que es la opuesta; "Yo no encuentro mejor medio para mí, para promover lo que anticipo, trabajar por la reforma (como antes se ha definido) DESDE DENTRO: es decir, CON SINCERA SUJECCIÓN al "PHYLUM", cuyo des-

arrollo espero. Con toda sinceridad (¡y sin querer criticar vuestro gesto!) no veo más que en el tronco romano, TOMADO EN SU INTEGRIDAD, el soporte biológico bastante vasto y bastante diferenciado para operar y soportar la transformación esperada. Y esto no es pura especulación. Desde hace cincuenta años he visto desde muy cerca alrededor de mí revitalizarse el pensamiento y la vida cristianas —a pesar de cualquier Encíclica— para no tener una inmensa confianza en las potencias de reanimación del viejo tronco romano. Trabajemos cada uno de nuestro lado. 'Todo lo que asciende converge'".

Es imposible expresar con mayor claridad que el tráfuga y el conspirador sólo difieren en cuanto a la elección de los medios: en cuanto al objetivo, sus esfuerzos son convergentes puesto que se "unen" el uno al otro hacia esa misma Reforma total, ideal y próxima, que dejará a la Iglesia romana desposeída, caduca y como desprovista de su sangre por la nueva religión que Ella, más o menos benévolamente habrá engendrado y criado con su substancia.

La extravagancia intelectual del propósito es bien flagrante, agravada, además, por una de esas metáforas vegetales, biológicas y pedantescas a las que tan aficionado es Teilhard, porque le sirven para enmascarar la irrealidad de su pensamiento sutilmente retorcido e incurablemente vago: adorna sus esquemas didácticos como se enganchan las guirnaldas en el armazón de un alambre. Semejante manía hace tiempo que no cambia; embrolla más que aclara las ideas que pretende ilustrar por medio de la imagen. ¿Pues qué es un "PHYLUM"? Aparentemente, aquí, es un equivalente del "TRONCO ROMANO" de donde surge la pregunta de si esa palabra griega, PHYLUM, RAZA, ESPECIE, no se habrá introducido en la fantasía teilhardiana por semejanza con PHYLUM, HOJA. M. Henri Rambaud subraya que PHYLUM en ese lenguaje intrincado y especial, designa "un HAZ EVOLUTIVO", lo que no nos aclara mucho. ¿Se trata de un haz que evoluciona o es susceptible de evolucionar? Y el "tronco romano", ¿es todo o parte de ese haz? ¿Tiene el "PHYLUM" por continente o por contenido?

Todas estas cuestiones a las que no cabe responder dado que Teilhard, pasando continuamente de un sistema de imágenes a otro, utiliza sus metáforas arbóreas para aplicarlas bien a la pedagogía del evolucionismo como a la botánica cuando no a las dos al mismo tiempo; dota a los árboles genealógicos de la evolución de las especies dibujados por él en semejante cuadro de

los caracteres y propiedades de los verdaderos árboles que hay en la naturaleza!

Nunca sabremos a cuál de esos dos tipos de árboles, cuya relación es netamente figurativa, pertenecen el "PHYLUM" y el "TRONCO ROMANO". Estamos ante un galimatías, ante un juego de palabras.

Pero por lo menos si comprendemos que Teilhard cree seguir siendo fiel al catolicismo, cuyos términos equívocos constituyen para él un símbolo. Si el catolicismo es una planta, es natural que esa planta crezca y produzca ramas. La comparación ya existía en el Evangelio. Pero eso no basta a Teilhard: inmediata y subrepticamente la transforma en símbolo evolucionista sin tener en cuenta que el árbol de la parábola es un verdadero árbol cuyo tronco y todas sus ramas, hasta la última, son de la misma madera y viven de la misma vida, en tanto que la ramificación del árbol didáctico y ficticio que representa la evolución se subdivide en especies cada vez más heterogéneas y cada vez más independientes del tronco común del que se supone que han surgido. El catolicismo, según Teilhard, se parece, por tanto, a este último: se agranda diversificándose y vale menos por lo que es que por lo que deviene. Cuanto más capaz sea de cambiar más se enriquece, a la par que el futuro de las especies mejora metamorfoseándose. Paralelamente, el hombre progresa automáticamente a medida que transformándose transforma también lo divino. Esto es todo lo contrario del Evangelio: "El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán". Según Teilhard las palabras de Cristo y de su Iglesia pasan cada día, seguirán pasando y cuanto más rápidamente mejor.

Por consiguiente, su decisión de permanecer en la Iglesia para "TRABAJAR DESDE DENTRO" en reformarla o, más aún, para transformarla, como no se rescata en indicarlo expresamente, señala algo muy distinto de una adhesión amorosa. Lo que ama de ella y lo que quiere salvar es el "SOPORTE BIOLÓGICO", apto y necesario para la producción de la "NUEVA FE", que no puede reemplazar a la antigua sin destruirla pero tampoco sin explotarla. El verdadero objetivo de su "SINCERA SUJECCIÓN", lo que aspira a "PROMOVER" no es el "VJEJO ROMANO" ya condenado, sino el tronco sucesor que él "ANTICIPA" y cuyo "DESARROLLO ESPERA": esa "RELIGIÓN DE MAÑANA" ya en germen en el catolicismo de ayer y hoy provisionalmente dignos de atención mientras siga teniendo necesidad de él para crecer a sus expensas. Así también se suele recomendar respeto y solicitud para una mujer encinta cuando el

parto le va originar la muerte. Teilhard ama a la Iglesia en tanto y en cuanto ella consiente en morirse.

Es cierto que, pra él, el suicidio de la Iglesia es la condición de su inmortalidad: de la inmortalidad, por lo menos, de esa otra Iglesia dispuesta a renacer incesantemente de las cenizas de la precedente y a reinar bajo el mismo nombre. "Desde hace cincuenta años he visto muy de cerca alrededor de mí revitalizarse el pensamiento y la vida cristianos —a pesar de cualquier Encíclica— para no tener una inmensa confianza en las potencias de reanimación del viejo tronco romano". Frase chocante a la par que obscura, hábil y reveladora.

Oscura, pues no se puede comprender esa "reanimación" del "viejo tronco romano". ¿Genitivo subjetivo o genitivo objetivo? ¿El tronco es capaz de reanimar o susceptible de ser reanimado? En el primer supuesto, ¿reanimará alguna cosa o se reanimará él mismo? En la segunda hipótesis, ¿quién lo reanimará?, y si él necesita ser reanimado es que ya no es más que madera muerta y entonces ¿qué confianza puede merecer? De todas formas, la acción de reanimar se presenta como indeterminada en cuanto a su objeto y, con mayor motivo, en cuanto a su orientación. Y la sola idea clara que se desprende de ese magma gramatical es que el viejo tronco romano, en sí mismo, está caduco, que no sirve ya y que es incapaz de sobrevivir como tal. Afirmación que hubiera sido necesario demostrar y quizá abordar desde el principio.

Frases hábil dado que las premisas que ella postula quedan indemostradas. El hachazo que dirige al corazón del viejo tronco romano está envuelto de reverencia y de precauciones verbales muy adecuadas para disimular la intención del ejecutor. Profesar una "inmensa confianza" hacia una Iglesia cuyo puesto se trata de sustituir sería burlarse cínicamente del mundo, si Teilhard no fuese el primer engañado y muy a gusto, por cierto, por una de esas prestidigitaciones mentales que dislocan y desorganizan, a cada momento, su pensamiento y su estilo. Conducen a ahogar las direcciones de la una en el farrago de la otra. Teilhard reuerce el lenguaje para transformarlo en virtuoso, consiguiendo no incurrir en el escándalo, sino en la obediencia, esquivando los contrasentidos del propio movimiento que él siembra, disimulando sus peligros, sus alardes y hasta sus silencios. Es fácilmente advertible que ese sacerdote que se considera fiel nunca nombra a Nuestro Señor, ni a la Virgen María, ni a los santos,

ni a los ángeles, ni a los dogmas fundamentales, ni los sacramentos de la Iglesia: el niño Jesús y la Inmaculada Concepción han sido citados una vez en ese número de *Europe* mientras los católicos teilhardianos participan en el "diálogo" pero por un comunista que se encoge de hombros y que, por cortesía, "se abstiene de calificar" esas fábulas. Por supuesto que ni Teilhard ni los suyos no tienen nada que replicar.

Frase reveladora también y cuya clave nos la proporciona un paréntesis de pocas palabras: "a pesar de cualquier Encíclica". Desde hace cincuenta años Teilhard ha visto de muy cerca alrededor de él (es decir, en la propia Iglesia) la vida y el pensamiento cristianos revitalizarse (?) a pesar de las Encíclicas cuando la última, en cuanto a su fecha, la *Humanis generis* le afectaba directamente a él, a Teilhard. Escribiendo eso en 1950 evoca, sin ningún género de dudas, la crisis modernista de comienzos del siglo y toda la serie de perturbaciones posteriores que ha acarreado bajo una forma o bajo otra. En fin, cada una de ellas ha suscitado por parte del Magisterio romano una definición apropiada de la doctrina, y las Encíclicas de los Papas han supuesto sucesivas llamadas al orden. La cosa está suficientemente clara: según el punto de vista de Teilhard, el progreso, la vitalidad del cristianismo, la verdad, el valor, el porvenir, la esperanza están de parte de los innovadores modernistas que continúan su ruta a despecho de las Encíclicas y contra ellas: en vano tales documentos papales se esfuerzan por mantener una enseñanza inmutable, estancada y caduca. Son las Encíclicas y los Papas los que están equivocados. Su acción es tan perjudicial como saludables los objetos de su condena. Lo que viene a significar ¡que los Papas son los enemigos del bien y que la verdadera Iglesia puede caminar sin ellos y que el progreso religioso sólo se debe a los innovadores rebeldes a la autoridad de los Papas! Y ya es el colmo que esa inversión fantasmagórica del orden de las cosas va de la mano con continuas protestas a la "sujeción sincera" y a la "inmensa confianza" que Teilhard pretende encontrar siempre en el "viejo tronco romano", es decir, si las palabras tienen realmente un sentido en el papado.

Después de lo dicho es fácil comprender que si los comunistas son lo suficientemente sagaces para no abstenerse de sacar provecho de un sistema tan aberrante, se muestren sumamente generosos para que se beneficien de él sus amigos católicos. De

la creciente influencia del teilhardismo en la Iglesia los marxistas esperan dos resultados: el primero a corto plazo y el segundo más amplio y mucho más importante.

De inmediato, el evolucionismo teilhardiano puede servir para debilitar en las conciencias ingenuas ciertos dogmas como la creación del mundo y la espiritualidad del alma inmortal. Si el hombre desciende del mono no parece que el acto del Dios creador haya sido necesario. Pero ese razonamiento de M. Homais, bueno para los devoradores de curas de antaño, no asegura más que un débil triunfo: es más fructuoso que permanezca implícito.

Mucho más activo y deletéreo es el desorden que el teilhardismo, sin atacar frontalmente ningún dogma particular introduce insensiblemente en el propio mecanismo del pensamiento religioso como en el pensamiento político y en el pensamiento a secas. La hipótesis evolucionista extendida a todos los campos en el pasado y en el porvenir conduce irremisiblemente al "cambio" fatal, continuo, universal, "irreversible". Lo que cambia ocupa el puesto de lo que permanece, todo cambio viene aureolado de un prestigio que es bien pronto objeto de idolatría: como es todopoderoso el "cambio", es infalible, infinitamente bueno, liberador y bienhechor. He aquí introducida la noción del "Progreso indefinido". Implica una pérdida de tiempo y de energías resistirse a ello, contrariar ese "movimiento de la Historia" (con mayúscula). Es un grave pecado achacar a los revolucionarios lo que no son sino fenómenos de la Evolución sacrosanta. Así, seamos, pues, de nuestro tiempo, vayamos a ciegas hacia el porvenir que nos ofrecen y, para caminar más rápidamente, dejemos actuar a los comunistas, porque es a ellos a quien la diosa Evolución ha confiado ahora la dirección de las operaciones.

Bien entendido que en ese mundo en metamorfosis permanente la Iglesia también ha de salir de su crisálida. "Al cabo de dos mil años —scribe Teilhard—, eso es inevitable. La humanidad está en trance de mudar ¿Cómo no lo hará también el cristianismo?"

Peor para ustedes si objetan que esos vaticinios están desmentidos por toda conquista de la razón, de la memoria y de la experiencia; que no se "muda" en absoluto la humanidad ni nada esencial; ya que anteriormente el mundo ha conocido muchos cambios falaces, regresos al punto de partida y evoluciones hacia el desastre; que la verdad nunca ha cambiado un ápice; que la modificación de los accidentes no comporta más que un ligero cambio de la superficie de las cosas pero que no

afecta en forma alguna a la substancia de lo que es, de lo que existe eternamente y mucho menos a Aquel que es El que es. Se les motejará de tomistas y les dirán que Aristóteles y Santo Tomás están ya "rebasados". Se les replicará que es urgente abatir a esos retrógrados que son los Papas y de desgarrar sus Encíclicas retardatorias.

Y con esto llegamos al final. Que los católicos se confeccionen una Iglesia maleable, dividida, emancipada de Roma, dóciles a las diversas órdenes que las circunstancias les dictarán y siempre dispuestos a renegar de las anteriores y a claudicar; y a eso tiende obstinadamente la voluntad de los comunistas en todos los países que dominan y en aquellos que no dominan aún.

Y aquí se acaba, en el punto omega de su perfecta fusión, el reencuentro o el "diálogo" por fin conseguido entre comunismo y teilhardismo, dado que el primero ha absorbido completamente al segundo. No, ya no interesará saber si el hombre desciende del mono. El hombre se habrá convertido en mono, desposeído de toda certidumbre y de todo juicio personal y, por consiguiente, de toda libertad. Ya no habrá Papa, ni Iglesia, ni revelación, ni Verdad eterna ni salvación para las almas. Nada garantizará ya al hombre que dos y dos siguen siendo cuatro ni que las pobres imágenes formadas en su cerebro tengan más consistencia que un sueño. Ya no habrá más que Iglesias nacionales, verdades locales y condicionadas, relativas y móviles, fluctuantes conforme a los deseos de los nuevos maestros del mundo. Y para defenderse de ello el hombre estará totalmente carente de recursos, pues no los encontrará en Dios destronado, ni en la verdad trascendente ni en el reducto interior donde hallaba el apoyo de una fe sólida e inviolable. Degenerado él mismo en un producto de la evolución ya no será más el sujeto de una serie interminable de experiencias, un autómatas sin memoria, incapaz de recordar alguna realidad que no sea un conocimiento o un sentimiento.

Recordando al final de su artículo esa "mano tendida a los católicos", de la cual fue Maurice Thorez el primer apóstol hacia 1935, Pierre Abraham concluye en estos términos: "Deseo que después de la lectura de las páginas que siguen se pueda decir: en adelante la mano está cerrada."

Esas páginas de *Europe* permiten calibrar, en efecto, cuánto ha aumentado, apoyando a Teilhard, el vigor del apretón. Pero la mano que desde hace treinta años tienden los comunistas no se deja cerrar: es ella la que cierra cada vez con

mayor fuerza, y en cuanto a la mano de los católicos está algo más que cerrada: cogida en la trampa.

APENDICE

A continuación creemos de interés reproducir a doble columna en su original francés y traducida al castellano la carta del P. Teilhard de Chardin al ex-dominico a la que hace referencia el artículo de Alexis Curvers.

Dicha carta no es inédita, aparece transcrita en las páginas 196-198 del volumen titulado "Le Concile et Teilhard, l'Éternel et l'Humain" por Maxime Gorce, publicado en 1963 en Neuchâtel (Suiza), Editions Henri Mes-séiller.

Al final del mes de septiembre de 1950, por lo tanto, pocas semanas después de la publicación de la Encíclica "Humani Generis" (que es del 12 de agosto), el P. Teilhard, S. J., que residía a la sazón en París, 15 Rue Monsieur, recibe una carta de cierto Padre G., antiguo dominico, apóstata, que le invita a seguir su ejemplo y a unirse con él en el seno de la pequeña Comunidad disidente de los "Viejos Católicos" que no admite la infalibilidad pontificia.

El P. Teilhard le escribe el 4 de octubre la carta que reproducimos:

"Ayer le mandé tres pequeños ensayos para explicarle mi posición presente. ("Le Coeur du Problème" es un memorial efectivamente enviado a Roma sin resultado— luego sin ilusiones.) (1).

Esencialmente, considero como usted que la Iglesia (como cualquier realidad viva) al cabo de

"Hier, je vous ai envoyé trois petits essais, pour vous expliquer ma position présente (*Le Coeur du Problème* est un mémoire effectivement envoyé à Rome sans résultat, naturellement—, donc pas d'illusions).

Essentiellement, je considère comme vous que l'Église (comme toute réalité vivante au bout

(1) "Le Coeur du Problème", texto de Teilhard del 8 de septiembre de 1949 12 páginas: expresa claramente la doctrina de la fe cristiana "rectificada", resultante de la fe tradicional, ascensorial, "Oy", y de la fe humana, propulsora, "Ox". La Salvación está a la vez Arriba y Adelante, en un Cristo salvador y motor, no tan sólo de los individuos humanos, sino de la Antropogénesis entera.

cierto tiempo llega a un período de "mutación o "reforma necesaria". Al final de dos mil años es inevitable. La humanidad se está transformando. ¿Cómo el Cristianismo no habría de hacerlo? Mas, precisamente, considero que la Reforma en cuestión (mucho más profunda que la del siglo xvii) no es una simple cuestión de instituciones y de costumbres, sino de Fe. En algún modo, nuestra imagen de Dios se ha desdoblado: transversalmente (si así puedo decir) en relación con el Dios tradicional y trascendental del "En-Haut" (Arriba), una especie de Dios del "En Avant" (Adelante) surge para nosotros, hace un siglo, en dirección de algún "Ultra Humano". A mi parecer todo está aquí. Se trata para el hombre de volver a pensar ("repenser") en Dios en términos, no más de Cosmos, sino de Cosmogénesis: Un Dios que no se adora ni se alcanza más que por el acabamiento de un Universo que El llena de luz y de amor (e irreversible) desde dentro. Si, "l'En-Haut" y "l'En-Avant" se sintetiza en un "Au Dedans" (por Dentro).

Pues bien, este gesto fundamental del alumbramiento de una nueva Fe por la Tierra (l'En "l'En-Haut" combinado con la Fe en "l'En-Avant": Arriba y Adelante), sólo, creo (e imagino que usted comparte mi idea), sólo el Cristianismo puede realizarlo, a partir de la sorprendente realidad de su "Cristo Resucitado": no entidad abstracta, sino objeto de una amplia corriente mística, extraordinariamente adaptable y vivaz. Estoy convencido de ello: es de una Cristología nueva extendida hasta las dimensiones orgánicas de nuestro nuevo Universo de donde se dispone a salir la Religión de mañana.

Esto una vez admitido (y es

d'un certain temps) arrive à une période de "mue" ou "réforme nécessaire". Au bout de deux mille ans, c'est inévitable. L'humanité est en train de muer. Comment le christianisme ne devrait-il pas le faire? Plus précisément, je considère que la Réforme en question (beaucoup plus profonde que celle du xvii^e siècle) n'est plus une simple affaire d'institutions et de moeurs, mais de Foi. En quelque façon, notre image de Dieu s'est dédoublée: transversalement (si je puis dire) au Dieu traditionnel et transcendant de l'En-Haut, une sorte de Dieu de l'En-Avant surgit pour nous, depuis un siècle, en direction de quelque "ultra-humain". A mon avis tout est là. Il s'agit pour l'Homme de re-penser Dieu en termes, non plus de Cosmos, mais de Cosmogénèse: un Dieu qui ne s'adore et ne s'atteint qu'à travers l'achèvement d'un Univers qu'il illumine et amorse (et irréversible) du dedans. Oui, l'En-Haut et l'En-Avant se synthétisant dans un Au-Dedans.

Or, ce geste fondamental de l'enfantement d'une nouvelle Foi pour la Terre (Foi en l'En-Haut combinée avec la Foi en l'En-Avant), seul, je crois (et j'imagine que vous êtes de mon avis), seul le christianisme peut le faire, à partir de l'étonnante réalité de son "Christ-Ressuscité": non pas entité abstraite, mais objet d'un large courant mystique, extraordinairement adaptable et vivace. J'en suis convaincu: c'est d'une Christologie nouvelle étendue aux dimensions organiques de notre nouvel Univers que s'apprête à sortir la Religion de demain.

Ceci posé (et c'est là que nous

ahora cuando vamos a diferenciarlos: ¿pero la Vida no procede acaso mediante buenas voluntades que tantean?), esto admitido, yo sigo sin ver otra manera mejor de proponer lo que anticipo que trabajar en la reforma (en el sentido definido más arriba) desde dentro: es decir, con una adhesión sincera al "phylum" cuyo desarrollo espero. Muy sinceramente (y sin querer criticar su gesto) veo tan sólo en el vástago romano, tomado en su integridad, el soporte biológico bastante vasto y bastante diferenciado para operar y soportar la transformación esperada. Y esto no es pura especulación. Desde hace cincuenta años, he visto demasiado de cerca, alrededor mío, revitalizarse el pensamiento y la vida cristiana, a pesar de toda la Encíclica (2) como para no tener una inmensa confianza en las potencias de reanimación del viejo vástago romano. Trabajemos cada uno por nuestro lado. Todo lo que asciende converge. Bien cordialmente suyo. Teilhard de Chardin."

différons: mais la Vie ne procède-t-elle pas par bonnes volontés tâtonnantes?), ceci posé, je ne vois toujours pas de meilleur moyen pour moi de promouvoir ce que j'anticipe que de travailler à la réforme (comme définie ci-dessus) *du dedans*: c'est-à-dire en attachement sincère au phylum dont j'attends le développement. Très sincèrement (et sans vouloir critiquer votre geste!) je ne vois que dans la tige romaine, *prise dans son intégralité*, le support biologique assez vaste et assez différencié pour opérer et supporter la transformation attendue. Et ceci n'est pas pure spéculation. Depuis cinquante ans, j'ai vu de trop près autour de moi se revitaliser la pensée et la vie chrétienne —malgré toute Encyclique— pour ne pas avoir une immense confiance dans les puissances de réanimation de la vieille tige romaine. Travaillons chacun de notre côté. Tout ce qui monte converge. Bien cordialement vôtre.—
TEILHARD DE CH.

(2) Se trata de la Encíclica *Humani Géneris*, en la que Teilhard se sienta aludido.